

José Joaquín Arrillaga, soldado, explorador y gobernador, 1750-1814

*María Eugenia Bonifaz
Instituto de Investigaciones Históricas de Tijuana*

Exploraciones en La Frontera

Es usual que la frase “la cruz y la espada” se refiera a la conquista española y a su expansión. Por lo que toca a la espada, hoy contemplaremos la otra cara de la moneda, pues así como conquistaron un continente por la fuerza, también coadyuvó el elemento castrense a su desarrollo integral en cuanto a la exploración y colonización.

Por lo que toca a Baja California, se ha resaltado más, no sin justificación, pero sí con parcialidad, la intervención misionera, soslayándose un tanto la presencia de los soldados que acompañaron a todo intento misional y que constituyeron enorme apoyo desde un principio. Al fundarse la primera misión en Baja California, Nuestra Señora de Loreto, en 1697, acompañaban a Fray Juan María Salvatierra, nueve soldados de diferentes naciones. Con los mestizos e indígenas que formaban aquel grupo, fueron los primeros colonos en estas tierras.

Como es sabido, los militares y colonos estuvieron sujetos a la autoridad eclesiástica jesuita durante 70 años. Esto cambió al ser expulsados del territorio español en 1768. En adelante la autoridad recayó sobre el gobernador y éste era invariablemente militar. El cambio ocasionó fricciones, a veces acres, entre el poder eclesiástico y el militar, pero se necesitaban mutuamente y continuaron unidas la cruz y la espada hasta entrado el siglo XIX.

Después de una breve estancia de los franciscanos en Baja California (1769-1773), se logró dar un impulso a las posesiones españolas en la costa norte del Pacífico. Al establecerse los dominicos en la península (1773), la atención se dirigió hacia la región norte, donde fundaron nueve misiones en 60 años.

Por encima de convertir gentiles, existía el interés de colonizar, pues se temía el avance ruso en el Pacífico. Para ello, se necesitaba, primero, afirmar el camino real con puntos de contacto hacia el norte para unir las dos Californias y, segundo, insistir en ligar ambas con el macizo continental.

Para ello se fundó la Misión de San Vicente Ferrer en 1780, la cual sería una base para desplazamientos exploratorios posteriores de los cuales comentaremos los llevados a cabo por José Joaquín Arrillaga. Pero hagamos un retroceso: desde 1776 a 1793, Baja California perteneció a las Provincias Internas junto con Texas, Nuevo México, Nueva Vizcaya, Coahuila, Sinaloa, Sonora y Alta California, casi 3,000,000 km² (Russek 1979:51). En ese mismo año, 1776, se cambió la capital de las Californias a Monterrey, y Loreto pasó ser una subprefectura.

Habían abierto la ruta por tierra, desde Sonora a la Alta California, las expediciones de Juan Bautista de Anza en 1774, y en 1775 hasta llegar a San Francisco. Pero en 1781 acaeció la masacre en el territorio de Yuma cuando el Capitán Rivera y Moncada se dirigía por esa ruta a la Alta California. Como consecuencia se ordenó que se encontrara un camino más seguro para

cruzar el Colorado. En 1785, el Gobernador de California, Pedro Fagés, acompañado de tropa e intérpretes indígenas, salieron de San Vicente hasta llegar al delta del Colorado. Aunque algunos indígenas se mostraron amistosos, otros fueron hostiles y la expedición retornó por el Valle Imperial hasta San Diego. En síntesis estos fueron algunos de los movimientos exploratorios en dicha zona que antecedieron a las exploraciones de Arrillaga.

José Joaquín Arrillaga era natural de Aya, Guipuzcua. Poco se sabe de su vida antes de haber llegado a la Nueva España en donde se enlistó al servicio militar como voluntario en la compañía presidial de San Miguel de Horcasitas, Sonora, en 1777. En ese carácter sirvió en Sonora, Coahuila y Texas. En Sonora se fogueó en tres campañas muy duras contra seris y pimas. Por haberse distinguido en batalla fue nombrado teniente en 1780, por el Coronel Juan Bautista de Anza, comandante de la frontera.

En 1783, siendo ya capitán, fue trasladado de Texas a Loreto como gobernador de Baja California. Dos años más tarde hizo un viaje por toda la península, encontrándola en un estado de desolación. No se volvió a hacer intentos de poblar ni explorar el noreste de la frontera hasta que lo impulsó el presidente de los dominicos, el Padre Crisóstomo Gómez. Éste, en 1791, pidió al virrey Revillagigedo, financiamiento para establecer misiones en la región del Río Colorado, y Revillagigedo solicitó a su vez, la opinión del gobernador José Antonio Romeu, con residencia en Monterrey. Sin embargo, habiendo muerto éste, quien contestó en sentido favorable fue el gobernador interino, José Joaquín Arrillaga, quien había llegado a Monterrey en julio de 1793 (Arrillaga 1796:13).

Ese mismo año Revillagigedo autorizó las exploraciones para ubicar la primera de dichas misiones que deberían establecerse tierra adentro entre el Rosario y Santo Domingo. En 1794 varios soldados y un misionero fundaron la Misión de San Pedro Mártir, habiendo llegado casi extenuados por los trabajos de la expedición sobre terrenos sumamente agrestes.

Arrillaga retornó a Loreto al ser nombrado don Diego de Borica gobernador en 1794, año durante el que habían continuado las exploraciones por parte del elemento militar a fin de facilitar la fundación de otras misiones. Tenemos al Sargento José Manuel Ruiz y Fray Tomás Valdellón, quienes exploraron toda la región al noreste de San Pedro Mártir y, posteriormente, Arrillaga envió al alférez Ildefonso Bernal para investigar la región explorada por Ruiz (Arrillaga 1796:14).

En 1795, Arrillaga fue ascendido a teniente coronel. Habiéndose percatado por sí mismo del triste estado de la frontera insistió en hacer exploraciones que abrieran a la colonización el territorio, y “con extraordinario celo y disciplina” (Arrillaga 1796:18), llevó a cabo cuatro expediciones que complementaron las antes descritas hechas por otros soldados con el propósito dual de establecer misiones y trazar caminos.

Así fue como el 4 de junio de 1796, salió de Loreto por mar hasta el puerto de San Luis a donde arribó 10 días después. De ahí procedió hasta llegar a San Vicente el 13 de julio. Sabemos cada paso que dio por el diario que llevó. Un diario objetivo, seco en su estilo, que deja traslucir, sin embargo, todas las penurias que pasaron él y sus soldados.

Primera expedición

La primera expedición emprendida el 21 de julio duró apenas ocho días hasta el 28 del mismo mes. Durante ella reconoció hasta la Sierra de Santa Catalina, que hoy se llama Sierra Juárez y se localizó un lugar aconsejable para la fundación de la misión que llevaría el primer nombre. Detalló paso a paso el terreno, marcó cada arroyo, las distancias, la calidad de las tierras, la

posible ubicación de presas y sobre todo la de manantiales u ojos de agua. Por lo general, él y su pequeña compañía, de 12 hombres, viajaban desde el amanecer hasta entrada la noche. Aunque el calor en julio había sido considerable, no se compararía con el que sufrirían en la segunda expedición.

Segunda expedición

Ésta salió de San Vicente el 2 de agosto rumbo a San Pedro Mártir y en agosto 22 se dirigió rumbo al noroeste. Es interesante destacar que existían dificultades entre los misioneros y los indígenas recién conversos, pues el relato de Arrillaga trata repetidamente de la fuga de muchos de ellos de las misiones. Al parecer alentaba en aquel entonces tal sublevación un indígena llamado José Manuel, tras de quien Arrillaga envió a un capitán y seis soldados que lograron aprehenderlo y se le hizo volver a la Misión de San Vicente con todo y su familia para ser interrogado. A los demás prófugos Arrillaga sagazmente les prometió perdón si volvían y se entregaban, pero la mayoría se escondió en sus rancharías por miedo a las represalias.

En su trato con los demás paipai, buscaba la cordialidad, regalándoles cigarrillos, carne y pinole, y aquellos intercambiaban información sobre la comarca. Para entonces el calor era sofocante. La temperatura media en el desierto en agosto es de 125°F. Por lo mismo optaron por levantarse a las tres de la mañana para empezar la jornada que los haría escalar montes hasta de 1,300 m y bajarlos con tremendas dificultades, tanto que se admiró de que “los caballos fueran los que más espíritu demostraran, pero quedando tan heridos que la sangre brotaba a borbotones de sus patas” (Arrillaga 1796:30, 41).

En tan maltrecho estado estaban que después de atravesar la Sierra de Santa Rosa optó por dejar parte de la expedición descansando y continuó llevándose consigo a cuatro de sus soldados y a un sargento. Siguiendo a tramos veredas indígenas, o abriendo brechas, continuaron sin agua por aquel “mal país” que era un llano sin pastura. Habían viajado cuatro horas y a las nueve de la mañana del 9 de agosto, decidió parar. Ni él ni los soldados “pudieron comer al medio día, ni antes ni después”.

A las cinco de la tarde continuaron y, por fin, llegaron a San Felipe de Jesús de noche, sitio que deseaba reconocer “tanto para saber las condiciones del puerto como para determinar que tan lejos estaba de la otra costa y la calidad de la tierra entre ambas” (Arrillaga 1796:40). A San Felipe lo describe como un puerto chico, de mareas regulares, de 4 brazadas de profundidad, rodeado de un país miserable con calor excesivo.

En adelante decidió viajar de madrugada y, por lo mismo, salieron a la una y media de la mañana a la luz de la luna para reincorporarse al cuerpo de la expedición. Ahí lo aguardaban, además de su gente (no especifica cuántos eran), cuatro indígenas cristianos a los que encomendó se fueran en búsqueda de indígenas prófugos.

Era evidente que Arrillaga estaba preocupado por aquellos prófugos y por la alianza que pudieran formar con los capitanes de las rancharías aledañas, pues temían una sublevación en contra de las misiones. Traían en la mirilla al Capitán Huitelacague, pues Juan Manuel había dado noticias de que dicho capitán sólo deseaba buscar la amistad de los españoles, y, sospechando lo contrario, querían cerciorarse de su verdadera postura.

Por el camino describe la vegetación tal como ocotillo, cholla, nopal, mezcal, ypúa, palo adán y otros. Cuando llegó al Agua Caliente había pasado día y medio sin que los caballos ni las mulas bebieran agua.

De nuevo arribó el 30 de agosto al Valle de La Trinidad, y esta segunda vez pocos fueron

los indios que se le acercaron, seguramente debido al temor de un castigo por el asesinato de dos niños cristianos de San Pedro Mártir que fueron perpetrados por gentiles de una ranchería cercana. Estas noticias las confirmó una india cristiana a la cual un sargento había aprehendido.

De regreso en San Vicente el día 1º. de septiembre, se encontró al cabecilla José Manuel a quien se había trasladado de San Pedro Mártir. Su declaración se tomó, así como la de una india que pertenecía a la ranchería de Huitelecaguie y José Manuel negó tener nada que ver con dicho capitán con el propósito de dañar a los españoles, pero al fin, ante la confrontación con otro testigo, admitió que era cierto.

Tercera expedición

El 5 de septiembre Arrillaga ya había salido rumbo a Santo Tomás, y enseguida dio órdenes para preparar la tercera expedición hacia el norte extremo de la sierra. Ésta empezó el 11 de septiembre y terminó el 3 de octubre de 1796. Durante ella cabalgó a lo largo del arroyo de Maneadero hacia el noreste, y habiendo llegado hasta la Sierra Juárez, dio vuelta al noroeste hasta el punto llamado La Laguna en donde viró al oeste para bajar al Valle de San Rafael y de ahí procedió hacia el norte para después descender hacia la costa por lo que fue la carretera antigua Tijuana-Ensenada, pasando por la cuesta de El Tigre, que hasta la fecha así se llama; y, llegando a lo que el nombra el camino de Santo Tomás a San Miguel, lo siguió hasta el Arroyo de El Carmen en donde se le unieron algunos indígenas. De ahí a Ensenada hizo dos horas, pernoctó en este puerto y salió a las 8:00 a.m. del día siguiente para Santo Tomás, habiendo llegado a las cinco y media de la tarde.

Una vez ahí envió a dos soldados al Presidio de San Diego a pedir al comandante que lo asistiera con tropas y el resto de la tropa la envió a San Vicente. Él salió para dicha misión el 3 de octubre. En San Vicente recibió noticias del gobernador por correo, pasó unos días contestando los asuntos del servicio y se preparó para una cuarta expedición. Esa misma tarde llegaron las tropas que había pedido a San Diego con cartas del gobernador (oct. 11).

Cuarta expedición

De la última expedición sí nos da el número exacto de la tropa que lo acompañó: consistía de 21 soldados, dos cabos y un sargento. Su duración fue del 14 de octubre al 21 de noviembre.

Durante la primera parte recorrió mucho del terreno ya inspeccionado, atravesando la Sierra de Santa Catalina y la Laguna Salada hasta llegar al delta del Río Colorado que le recordó al Ebro. Ahí se admiró de la rapidez con que cambió la marea. En una hora, era otro el paisaje y el agua que había estado salada se dulcificó de manera que pudieron beber sus caballos.

El primer contacto que hizo con los cucapás, fue amistoso. Cambiaron sandías por cigarrillos, carnes y bizcochos. Acto seguido preguntó por el jefe de los yumas llamado Salvador Palma, quien se había levantado en 1781, cerrando la ruta entre la Alta California y Sonora, y le informaron que aún vivía.

Estos indios aceptaron ser sus guías aquel día 20 de octubre. En la tarde pasaron unas rancherías y notaron que los indios se agrupaban en mayor y mayor número, de tal forma que ordenó que se pusiera el sargento en la retaguardia y continuaron con toda precaución. A pesar de que los guías les trataron de convencer de pasar la noche ahí, él no aceptó, y en esos momentos observó a algunos gentiles que aparentaban tener autoridad, montados frente a él y a

otros, yendo de casa en casa.

Resolvió no cruzar una laguna por lo peligroso y pronto notó que otro gentil los conducía por mal camino. Un chamaco le mostró un sitio por donde podía cruzar la laguna y envió a un soldado para comprobarlo, lo que era posible. En estos ires y venires se había aglomerado muchísima gente que empezó a gritar y a hacer gestos provocativos. Arrillaga relata:

La retaguardia me notificó que ya no podía contenerse aquella multitud y me pidieron permiso para ponerse sus cueras. Ordené que lo hicieran al momento, que desfundaran sus lanzas y que alistarán sus armas. Los gentiles se calmaron ante tal demostración. Al chico lo amenacé con matarlo si no me conducía a lugar seguro, habiéndome dado cuenta de que el otro guía nos engañaba y el chico así lo hizo. Mientras tanto, a un soldado lo habían herido con una jara [Arrillaga 1796:81].

En lugar seguro cambiaron de caballos y los intérpretes les confirmaron que los indígenas tenían intenciones de matarlos. La muchedumbre avanzó hacia ellos, pero al apuntarse las tropas en su dirección, se retiraron un poco. Pronto, sin embargo, estuvieron sobre de él demandando al chico que los guiaba, pero Arrillaga rehusó entregárselos hasta que no volvieran dos soldados que había mandado a inspeccionar el terreno más adelante. Surgieron amenazas, el sargento rompió su lanza en uno de ellos y los indios reviraron con sus jaras.

A la caída de la tarde los dos soldados regresaron diciendo que había paso y resolvió Arrillaga salirse de aquellas rancherías. Avanzó la tropa en buen orden, toda junta, y a las siete y media, los indios les salieron al ataque de frente. Se abrió fuego encubriéndose tras unos mesquites, unos caballos huyeron, pero sólo uno de los cabos fue derribado y arrastrado buen tramo perdiendo sus armas:

La noche estaba oscura y esperamos la luna para continuar el camino. Se veía a intervalos el paso de varias antorchas y anduvimos hasta un lugar en donde sólo de uno en uno se podía pasar. Como las cosas estaban parejas en cuanto al peligro, decidí avanzar. Se puso a siete soldados y un sargento al frente y a un cabo en la retaguardia. Todos entramos en el mal lugar y caímos en la emboscada. Parte [de los indios] había en el camino, parte en la ladera y parte en la laguna, de tal modo que llovían los golpes de las jaras por todos lados [Arrillaga 1796:83].

Ordenó entonces que se abriera fuego sobre los que obstruían el camino.

Los caballos se espantaron y se tuvo que auxiliar a la retaguardia. Él permaneció, con dos soldados y su ordenanza, haciendo fuego a los de la laguna. El sargento dio sus órdenes, subió por la ladera, y en esta manera pudo pasar la carga y los caballos. Sólo un soldado resultó herido. Así caminaron hasta la una, para encontrarse con que, de nuevo, estaban en el lugar donde habían luchado. Pararon unas horas y montó guardia el resto de la noche él mismo, porque el enemigo estaba cerca y se oían sus fuertes gritos en todas direcciones. Sin saber lo que había delante, resolvieron regresar con todo sigilo al punto que él llamaba “mal sitio”. Ahí se encontraron de nuevo con los indios y les cayeron encima de sorpresa, abrieron fuego sobre ellos y éstos dejaron el camino libre. La retaguardia recibió una fuerte embestida y mataron a una mula, pero todos pasaron. De regreso vieron que habían matado a cinco indios. No descansaron hasta las siete de la mañana. Es decir, tenían más de 24 horas en la montura. A las nueve notaron que había más indios y se apresuraron a seguir el camino. No quiso Arrillaga vengarse en las rancherías y casas que encontró abandonadas a su regreso porque reflexionó de esta manera: “Aunque tenía suficiente razón para quererlos escarmentar vengándome con la destrucción de

sus rancherías y familias, preferí considerarlos, pues mi propósito era la exploración del terreno y no la destrucción de sus habitantes” (Arrillaga 1796:86).

Así salieron librados de aquel peligro y prosiguieron hacia el norte encontrando tierras fértiles, explorándolas y detallándolo todo en su diario. Continuó inspeccionando hasta el Valle de San Felipe, bajó por el arroyo de San Luis, y el 27 de octubre estaba ya en la Misión de San Diego. Ahí permaneció hasta el 9 de noviembre, e hizo constar: “me fui esta tarde con dirección de la Frontera, habiendo regresado a San Vicente el día 21 con el propósito de hacer mi diario de operaciones y una vez terminado, transferirlo a las manos de mis superiores”. Habían recorrido en total alrededor de 500 leguas como el subraya:

sin importarme la fatiga, para reunir información con respecto a las fronteras de la Vieja California, y con respecto a las rancherías del Río Colorado, y nada más se encontrará que lo referido en todo lo que se ha dicho, de lo cual se puede concluir que no resta nada de interés para que se haga constar. Misión de San Vicente 9 de diciembre de 1796. José Joaquín Arrillaga [Arrillaga 1796:99].

Arrillaga volvió a Loreto y, como era de esperarse, recomendó la construcción de un fuerte presidio en el bajo Colorado. Como primer paso se fundó la Misión de Santa Catalina Virgen y Mártir.

En 1797 y 1799 se temían una invasión por parte de Inglaterra debido a su guerra con España. Dados los escasos recursos con que se contaba en la península, se hicieron todos los preparativos que pudieron hacerse, pero afortunadamente nada pasó.

En enero de 1800 el gobernador Diego Borica murió y Arrillaga fue nombrado gobernador interino con residencia en Loreto.

En 1804 las Californias se dividieron en dos jurisdicciones y Arrillaga fue nombrado gobernador de la Alta California, pero permaneció en Loreto hasta que el gobernador de la Baja California, Felipe Goycochea, llegó. En agosto de 1805 Arrillaga salió de Loreto a Monterrey. Nunca volvió a la península que gobernó por 22 años.

Arribó en Monterrey en enero de 1806 en donde permaneció por ocho años hasta su muerte acaecida a la edad de 64 años EN 1814.

Por supuesto que continuó con la exploración del interior de la Alta California, más allá de la cordillera de la costa. Durante su gestión se abrió el comercio de pieles con Nueva Inglaterra y Cantón y se consumó el avance de Rusia sobre las costas del norte del Pacífico.

Arrillaga siempre fue considerado como un gobernante de conducta intachable que no hizo enemigos. Sus expediciones y la disciplina ejemplar que seguía, nos dan una muestra de lo que fueron muchas otras llevadas a cabo en ambas Californias. Seguramente los soldados de las Californias estaban muy acostumbrados a estas exploraciones, a su formación y operación, por lo que en sus reportes no detallaban esto. Resulta entonces ilustrativo tomar en cuenta el testimonio anterior de don Miguel Costansó, ingeniero real, quien acompañó a una expedición que partió de San Diego en busca del puerto de Monterrey, la cual duró del 14 de julio de 1769 a febrero de 1770.

Como sin duda a él le pareció novedad todo aquello, nos dejó una relación de cómo se organizaba el orden de marcha; y podemos pensar que muy parecido a esto fueron las expediciones de Arrillaga:

Comandante a la cabeza con sus oficiales, seis catalanes agregados a la división en San Diego y algunos indios amigos que llevaban pico, palas, barras, hachas y otros instrumentos usados por primeros militares.

A éstos seguía el tren de mulas dividido en cuatro partes con los arrieros y suficiente número de soldados presidiales; y al final el capitán don Fernando Rivera con el resto de la tropa y los indios en retaguardia y un convoy de mulas de repuesto.

La justicia me obliga a decir respecto a los soldados del presidio de California que trabajaron sin cesar en la expedición usando dos clases de armas defensivas y ofensivas, las defensivas son la chaqueta de cuero y un escudo; la primera hecha como chaleco sin mangas compuesto de seis o siete capas de pieles de venado que escudan de las flechas indígenas a menos que sean lanzadas de muy cerca, el escudo está hecho de dos pliegos de piel de toro y se lleva en el brazo izquierdo para protegerse de las flechas y lanzas de los indios; además usaban otra clase de armadura defensiva que consiste en dos piezas de cuero amarrado a la cabeza de la silla y que cae a ambos lados del caballo hasta los estribos lo suficientemente ancha para cubrir muslos y piernas y cortada y arreglada de modo que protege ambos cuando se monta entre la maleza. Su arma ofensiva es la lanza, la cual manejan con gran destreza a caballo, la espada ancha, el mosquete corto que llevan bien seguro en su funda.

Son hombres de gran fortaleza y paciencia capaces de soportar gran fatiga, obedientes, resueltos, y no es mucho decir que son los mejores jinetes del mundo, y entre los mejores soldados que ganan su pan al servicio del rey [Costansso 1770].

Aquel lejano rey (Carlos III) que poco o nada sabía de los sacrificios que se imponían sobre gentiles y que se imponían a sí mismos sus tropas para formar y sostener un imperio que por falta de cohesión pronto se desmembraría, pero que supieron labrar con su lealtad y su extraordinaria fortaleza los hombres de la frontera, entre los que sobresalieron en primer lugar como exploradores y colonos “el pionero militar” de que nos da testimonio Costansó y que hemos visto encarnado en José Joaquín Arrillaga.

En 1804, la población de “gentiles y gente de razón” en toda la península era de 4599 individuos (Florescano y Gil 1976:36). El precio que pagaron los primeros fue muy alto en vidas, pues es bien sabido que la población indígena disminuyó en esta época dramáticamente; y los trabajos de los segundos fueron arduos y, en la mayoría de las ocasiones, sacrificados y sin fruto personal. La vida, en la Antigua California que describe Arrillaga como “ésteril, áspera y escasa de aguas” exigía gran reciedumbre. De esta manera, paso a paso, la integración y colonización total de la península, aunque a duras penas, por fin se logró.

Bibliografía

Arrillaga, José Joaquín

1796 “Diario de las exploraciones de la Frontera, 1796”, Bancroft Library, University of California, Berkeley.

Costansó, Miguel

1770 “Relación de la expedición a Monterrey, California, 1770”, microfilm, Instituto de Investigaciones Históricas, Universidad Autónoma de Baja California.

Florescano, Enrique e Isabel Gil Sánchez (eds.)

1976 *Descripciones económicas regionales de Nueva España: provincias del norte, 1790-1814*, Instituto Nacional de Antropología e Historia, México.

Russek, Jorge

1979 *Sonora*, Gobierno del Estado de Sonora, Hermosillo.